



Versaciones de un chupaplumas



O le importase un rábano

muy torticeramente interpretado por mi parte “bajo los efectos” — minimizó, empero y quizás por suavizar — “de la confusión de que eras presa” porque luego me sacó del error explicándome que, muy por el contrario, lo llenaba de alborozo y de unas jamás anteriormente sospechadas esperanzas porque, dijo, eso me podía estar abriendo de forma providencial una puerta para, al amparo de una prosa un tanto preciosista o hasta — si me apetecía — recargada o incluso barroca al estilo como si dijéramos dieciochesco francés, adentrarnos en un mundo de oscuros nubarrones cerniéndose sobre aguas embravecidas rompiendo contra abruptos acantilados de Bretaña o Normandía o, estirándonos un poco consultando un atlas o folletos de esos que dan en las agencias de viajes, de algún paraje solitario de las tierras altas de Escocia como deben de serlo, seguro, los alrededores de Inverness, o de Thurso o de Wick para, desde ahí, hacer una incursión en (*resumiendo* dijo) la novela negra.

– Pero es que yo — le expuse —, con el desasosiego que me traigo con el asunto del padre de Ramírez, no creo que pueda concentrarme en algo tan...

– ¡Olvídate del padre de Ramírez!

– No puedo.

– ¿No?

– No.

– ¿Y se puede saber, si es que me perdonas que sea tan indiscreto, qué tiene de especial el padre de Ramírez para que no puedas olvidarte de él?

– ¿No te he hablado, acaso o por ventura, de la papiroflexia?

– ¡Sí, sí; y del papel de envolver! Pero, eso...

– ¿Envolver?

– ¡Envolver, sí, diantre¹ — creo que se está impacientando —; blanco y negro!

– ¿Bacalao?

¹ Que lo que de verdad dijo fue bastante más rotundo; pero no quiero quedarme encasquillado en el “joder”.

O le importase un rábano

– ¡No; de envolver! – Y debe de ser que porque él mismo nota que se está enfadando trata de calmarse; y resopla, y se mete los dedos entre el pelo y dando, acto seguido, un palmetazo en la mesa, se arma de paciencia hasta los dientes² y me dice –: Mira, voy a explicártelo: papel para envolver para regalo que te regaló, muy gentilmente, una chica de la mesa de al lado.

– ¿A mí?

– En tus propias palabras.

– ¿Seguro?

– Exactas o... – moderándose porque, me parece, se empieza a calmar – muy aproximadamente; por lo menos.

Yo no me doy mucha cuenta de qué me está contando, pero aprovechando que se empieza a calmar aprovecho³ para eludir el escollo que tan cuesta arriba se me hace de las tierras altas y centrarme, que es lo que me preocupa, en el señor Ramírez padr...

– Ya, sí – él –. A ver, ¿qué le pasa?

– Pues que es mudo.

– Eso ya lo sabemos; resultó ser mudo aun contra tu voluntad y por algo tan imprevisible como que un personaje se le vaya a uno de las manos. No creo, sinceramente, que debas sentirte en absoluto culpable ¿Pero qué pasa, además, porque sea mudo?

– No sé, en realidad – le digo –; pero es que casi todo lo que llevo escrito se lo debo a él, aunque... – se me pone, no puedo evitarlo, un nudo en la garganta –, si quieres que te diga la verdad, lo cierto es que me agobia.

– ¿Te agobia?

² Que no es mía, la frase, pero la leí en alguna parte y me pareció muy buena.

³ A ver si no se me olvida que tengo que repasar el estilo antes de pasarlo a limpio.

O le importase un rábano

- Sí... Pobre señor; no dice nada... Bueno, claro... ¿qué va a decir? Pero que, ahí... En fin, que... Vamos, que para decirlo de una vez...

- ¡Pues ahí tienes! — Y dando ahora dos palmetazos a la mesa porque los da esta vez con las dos manos a la vez⁴, dice que ¡¡¡más a su favor, joder!!!

Y que tome, al menos, un poco de distancia, que procure desvincularme, liberarme de...

- Eso quisiera. Pero necesito, necesitaría una... justificación, o algo así.

- Pues te la inventas, ¿dónde está el problema?

- ¡Qué fácil es decir “¿dónde está el problema?”! — Y trato de que comprenda —: ¿No te he explicado que tiene una esposa...

- Sí — ataja, impaciente — la señora de Ramírez madre... ¿Y qué?

- Y un hijo, y una nuera, y dos nietos y quién sabe si hermanos, o primos, en algún pueblecito pintoresco... No sé ni imaginarme con qué cara me presentaría ante ellos...

- Pero a los hermanos y a los primos ni los conoces ni tienes por qué darles un papel. Y en última instancia el pueblecito, con una plaza, tres o cuatro gallinas y una iglesia románica lo tienes resuelto y tan pintoresco; así que...

- ¿Y la cara?

- ¿Qué cara?

- ¿No te acabo de decir que no sé con qué cara me presentaría...

- Eso de las fisonomías es algo muy secundario y yo te recomendaría que de momento...

- ¿Y el nieto mayor?

- ¿Qué pasa ahora con él?

- El nieto mayor ha aprendido, sacrificando tiempo de hacer sus deberes o de jugar a la pelota en la

⁴ Lo del estilo. Ya lo sé. Y también sé que he dicho que lo repararé todo antes de mandarlo imprimir.

O le importase un rábano

calle con otros chicos, toda esa jerigonza del lenguaje de signos...

- ¿Y? – Mirándome, sin pestañear, inquisitivo.

- ¿Cómo que “y”? Pues que “y” ahora, de buenas a primeras y sólo porque yo sea un cretino, *hala, fuera: ya no tenéis hermano ni primo ni nieto ni...*

- ¿Pero y eso – él –, por qué?

- Pues porque... – y le confío (resumiendo, con intención de matizar en otro momento) que había acariciado la idea de deshacerme de él.

- ¡No seas vulgar! – Ruge.

- Pero si es muy viejecito – me defiendo.

- ¡Vulgar, vulgar, vulgar! – Tres puñetazos a la mesa – ¡Eres terrible, nauseabundamente vulgar y facilón! Te doy una idea magnífica, te ofrezco un entorno perfecto y con una tormentosa tarde invernal donde el bramido del viento azotando las ramas de los árboles y haciendo crujir los batientes de las ventanas puede, sin dificultad alguna, ahogar cualquier gemido, cualquier petición de auxilio, cualquier disparo y, luego, permitirte ocultar el cadáver entre la maleza. Pero tú, ¡pedazo de adoquín!, lo rechazas todo cuando todo⁵ cuanto eres capaz de maquinarse es el asesinato cutre del pobre anciano, ahí, en el cuarto de estar de los Ramírez cortinas de cretona floreadas tercero (interior) sin ascensor...

Y que le doy mucha pena, dice; sin querer atender a mis razones de que, lejos de lo que piensa, lo que yo había pensado⁶ es algo tan inocente como una muerte natural, en su cama, mientras duerme.

Y protesta que la muerte de un mudo durmiendo o incluso despierto, sin poder decir esas frases

⁵ Otra vez el asunto del estilo, pero mi amigo está muy enfadado y es natural que no se detenga en esos detalles.

⁶ Repasar advertencias de corregir estilos (no olvidar).

O le importase un rábano

entrecortadas y tan conmovedoras que se dicen siempre antes de expirar, quedaría muy sin gracia.

- Además — concluye — ¿Para qué quieres mancharte las manos si de todas formas, aunque al paso que llevas no sé yo, los ocho días de vacaciones de Gutiérrez se te van a terminar⁷ en una quincena o dos todo lo más?

Y que no voy a tener que volver.

Así que le termino dando la razón porque se empieza a hacer tarde y mañana tengo que madrugar pero, y eso quiero que le quede bien claro, prefiero, antes que las tierras altas, esperar a que la camarera de siempre vuelva con la suya⁸.

⁷ Si me aplico, dice.

⁸ (Alta, “el suyo”, quiero decir).